

hagan la vida, no sólo más feliz, económicamente, sino más bella y noble.

ANDRENIO

(La Voz, Madrid)

Inquietud perpetua

Nada es bello
sin destello
de dolor.
No hay un canto
sin un tanto
de amargor.
Todo roce
causa goce
y escozor.
Sin esfuerzo nada vale,
sin trabajo nada sale
del abismo del temor.
Quien más luce más se abrasa;
quien más sube más traspasa
toda moda y tradición.
Todo surge de ideaciones,
todo vive de mociones,
nada crece sin labor.
Todo, Todo es movimiento;
la quietud es un tormento,
la salud es vibración.
Todo
es lodo,
pero Todo
se depura en alto modo
por la línea y el recodo
de una eterna cursación.
En las piedras impasibles,
siempre quedas, silenciosas,
hay tal vez puntos sensibles,
tal vez laten muchas cosas
de compleja sucesión;
y sin duda
vibra el Eter infinito,
superleve, ultraimpalpable.
Todo corre, Todo muda
con fluir inacabable;
la inquietud es el bendito
germinal inagotable
de la Vida y del Amor.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO.

Panamá.

La Edad de Oro

Como una forma de gratitud para con los contados maestros de las escuelas y colegios que en todo tiempo le han prestado su apoyo al *Repertorio Americano*, abrimos desde este número una sección de lecturas escogidas, con el título de *La Edad de Oro*, en memoria de José Martí, el gran americano amigo de los niños.

Por este camino es posible que lleguemos a reunir el material copioso para un Libro de Lectura estimable, concebido dentro de un plan vasto, y que algún día tal vez quepa en las escuelas y colegios de Costa Rica.

Señales de los tiempos

ESA doble tendencia a conceder el voto en las elecciones, de una parte, a las mujeres, y, por otra parte, a los jóvenes, para que sea más universal el sufragio universal, debe considerarse como la expresión, en el terreno político, de una corriente general de nuestro época. Hoy, de un lado, a la mujer, y de otro lado, al mozo y aun al niño, se les otorga una importancia social y una influencia pública que, por lo común, los siglos anteriores no conocieron.

En la marcha de la sociedad no solían intervenir, de una manera directa, más que los hombres adultos. Aun entre ellos, la autoridad se reservaba casi siempre a la avanzada madurez y a la senectud. Frecuentemente las Asambleas y Tribunales eran Consejo de ancianos. La obra de la civilización aparecía casi exclusivamente como una obra viril. Claro está que la mujer no dejaba de ejercer su influjo por medio del varón, y que el espíritu de los hijos influía también en el mundo a través del ánimo de los padres. Influidos poderosísimos, sobre todo el primero. Ya es clásica la anécdota referida por Stuart Mill, quien, al citar, como prueba de la capacidad intelectual y de la amplitud política de la mujer, el hecho de que, proporcionalmente, hubo en la Historia más grandes reinas que grandes reyes, recogía como respuesta la humorística explicación de que ello demostraba, por el contrario, la inferioridad femenina, ya que cuando reinaban los varones eran las mujeres quienes, intrigando en las cortes, tenían de hecho el poder, mientras que bajo el reinado de las mujeres los hombres eran, tras las cortinas, los verdaderos y efectivos gobernantes.

Pero ahora no se trata de esto. Se trata de la influencia directa, explícita, responsable. En casi todos los países interviene ya la mujer en los asuntos públicos. Y en cuanto a la juventud, observemos que uno de los nuevos puntos de vista característicos de este siglo XX consiste en no tomar la mocedad como una mera preparación para la edad adulta, sino como una fase de la vida con valor propio, con sentido propio, con ideales propios, tan respetables como los de la madurez o la ancianidad. Cada una de las etapas de nuestra existencia tiene en sí misma su plenitud. Un joven puede realizar la perfección humana, como joven, aunque muera a los veinte años. Ni la juventud es un bosquejo deficiente de la virilidad ni la virilidad

es una degeneración de la adolescencia.

••

Sabido es que también en Dinamarca, como antes en Inglaterra, se ha formado un Gobierno socialista. En este Gabinete, presidido por Stauning, desempeña la cartera de Instrucción pública una mujer: la escritora Nina Bang.

Señal de los tiempos... Allá, en aquellas tierras escandinavas, avanzadas, laboriosas, pacíficas, el lugar, acaso, de todo el planeta donde más altas brillan, siempre juntas, la cultura y la libertad, al constituirse un nuevo Ministerio, para el cual la libertad y la cultura tienen mayor importancia aún que para los anteriores, pone la regencia de la educación pública en las manos de una mujer. En realidad, la obra de educación, y aun el departamento de Instrucción pública, cuyos súbditos, en último término, son los niños de todo el país, pueden representar para un alma femenina la expansión, tal vez inconsciente, del íntimo sentimiento de maternidad, agrandado y transportado a la esfera civil, social, política...

Todos los decisivos movimientos contemporáneos se caracterizan por la intervención de la mujer. ¿Recordáis la revolución rusa? Una mujer aparecía en el grupo de patéticos descamisados, que, rompiendo los protocolos cancillerescos, fueron a concertar la paz, en Brest-Litovsk, con los aristocráticos generales alemanes, aguiluchos del Imperio. ¿Llega después al Poder el laborismo en la Gran Bretaña? En su cuartel general de la plaza de Ecclestone deliberan, junto a Ramsay Mac Donald, Henderson y Sydney Webb, la doctora Bentham o la señora Lawrence. ¿Conquista ahora el Gobierno el socialismo danés? Otra mujer sube las escalinatas del palacio real, llevando en la mano, en lugar del abanico de las galantes marquesas y las antiguas favoritas, la cartera de las responsabilidades ministeriales y las votaciones parlamentarias...

¿Qué traerá esa pública intervención de la mujer en la vida oficial? ¿Aspirará simplemente a disputar al hombre algunos puestos, desempeñándolos, poco más o menos, como el término medio de los varones? ¿O llegará a enriquecer con un nuevo y distinto matiz, el matiz femenino, la obra ampliamente humana del Derecho y de la Cultura?

••